

Argentina: El peligro de las fuerzas de seguridad

por Renato PICCHIA

Buenos Aires, 6 de mayo.—En su edición del 16 de enero, el matutino **Buenos Aires Herald** comentó con su habitual independencia el caso de la señorita Elena Angélica Dago Holmberg, secuestrada el 20 de diciembre de 1978 y cuyo cadáver apareció flotando en el río Luján 48 horas más tarde, y cuya identificación sólo pudo ser establecida el 11 de enero siguiente.

El **Buenos Aires Herald** recordó los aspectos más destacados del episodio. La señorita Dago Holmberg, además de pariente cercana del teniente general Alejandro A. Lanusse, era persona de la amistad del presidente Jorge Rafael Videla. Hasta agosto de 1978 había actuado como funcionaria de la embajada argentina en París. Llamada a Buenos Aires, pasó a desempeñarse en el Ministerio de Relaciones Exteriores en el departamento de protocolo, o sea en funciones irrelevantes. Tres desconocidos la interceptaron al llegar a su casa en la calle Uruguay, casi Santa Fe, en pleno Barrio Norte. Nadie asumió la autoría del secuestro y por espacio de 3 semanas nada se supo sobre ella. El **Herald** afirmó que "no se puede responsabilizar del hecho a los terroristas de izquierda", aseveración que, sugestivamente, representaba el sentir de los funcionarios de la Cancillería. Uno de ellos llegó a manifestar en forma exaltada: "¡Esto no puede seguir así, señores! ¡Esto no es jugar limpio!" El propio canciller, brigadier Carlos W. Pastor, que habló durante el acto del sepelio, condenó "la cobardía del atentado" que, dijo, le inspiraba "el más profundo repudio", agregando que "la ley será dura e inexorable contra los culpables que tantas vidas han segado".

En su columna semanal de **La Nación**, José Claudio Escribano reflexionó: "A la pena espontánea que en todos produce un crimen de esta índole, se suma la perplejidad colectiva. Esta se funda en el crédito dado por la opinión general a las declaraciones oficiales en cuanto a que los derrotados grupos de la subversión pueden todavía perpetrar aisladamente atentados selectivos —matar a alguien, poner una bomba—, pero ya no estarían en condiciones de contar con el respaldo organizativo que implica el secuestro, durante varios días, de una persona a la cual habrán de asesinar".

UN AJUSTE DE CUENTAS

Ni siquiera cuando, casi 2 años antes, fue secuestrado y "desaparecido" otro amigo personal de Videla, el embajador argentino en Venezuela, Héctor Hidalgo Solá, la prensa se permitió esta suerte de preguntas en voz alta. Estaban en el aire que en el caso de la Holmberg, se trataba de un ajuste de cuentas entre los organismos de seguridad, aunque no por escrito, se impuso la de que la funcionaria había realizado en París tareas dirigidas a contrarrestar las críticas de los exiliados argentinos y de ciertas organizaciones clandestinas, en contra del gobierno. Oficialmente desempeñaba funciones vinculadas a prensa y relaciones públicas. De un modo menos comprobable, según los rumores, su misión se ligaba a alguno de los organismos de seguridad de las fuerzas armadas. En cumplimiento de esa obligación paralela, habría sido ella la que informó a sus mandantes acerca de las gestiones que durante algún tiempo desarrolló, en países de Europa, el ex integrante de la Junta Militar y ex comandante general de la armada, al-

mirante Emilio Massera. De entre ellas, la de mayor resonancia fue una presunta entrevista que habría mantenido, en París o en Madrid, con jefes exiliados de la burocracia sindical y el fenecido estamento político de la derecha peronista.

No es, lógicamente, demostrable, si existió relación entre la pública difusión de esa supuesta reunión, y el traslado de la funcionaria a Buenos Aires. Tampoco si la hubo con la ráfaga de ametralladora que se descargó contra las oficinas del almirante Massera no mucho después. La desaparición del embajador Hidalgo Solá fue atribuida en su tiempo a una imprudencia: haberse expedido en forma pública en favor de un no lejano retorno al sistema democrático y representativo, acorde con su militancia en la Unión Cívica Radical. Se trató de una expresión académica, del mismo cuño de las que prodiga el jefe del partido, Ricardo Balbín. En el caso de Massera, sus numerosos viajes no resultarían ser académicos, como tampoco los apoyos y respaldos que —se dice— está gestionando entre organismos socialdemócratas de América Latina y Europa, en previsión de que algún vuelco en el proyecto de gobierno

inicie el retorno a las prácticas electorales, en cuyo aspiraría a ser el candidato del peronismo posible y de sectores independientes de centro.

Si es verdad que la señorita Holmberg destapó con indebida anticipación el pote de la sorpresa, algún organismo de los tantos que se manejan con mucha autonomía y se sintió afectado por sus informes, decidió el castigo. No mucho después del editorial del **Buenos Aires Herald**, en el semanario **El Economista** pudo leerse: "No se ganará la paz mientras subsista la impresión, dramáticamente afianzada por este episodio, de que hay misteriosos grupos que deciden sobre la vida ajena y actúan con impunidad". También en el matutino **La Nación**: "Se torna realmente arduo comprender cómo todavía la seguridad de las personas parece librada, en una dimensión que no puede considerarse pequeña, a los azares más inciertos".

ANÁLISIS DEL WASHINGTON POST

Ahora ha sido un periódico de fama internacional, el **Washington Post**, el que se ocupa del caso Holmberg, con el argumento de que "las fuerzas de seguridad representan hoy un peligro mucho más serio para el país que la guerrilla urbana que tenían por misión eliminar". Quizás con mayores elementos de juicio a su disposición, el corresponsal del **Post** en esta capital escribe: "La ironía del caso es que la Holmberg se solidarizó con los métodos de secuestros, torturas y ejecución utilizados por los servicios secretos argentinos para combatir la subversión, los mismos métodos que se usaron contra ella". Observadores diplomáticos a los que el corresponsal cita, consideran que su muerte se debió a que "había obtenido informaciones perjudiciales para las fuerzas armadas durante su estadía en París" y que sus ejecutores fueron "los servicios secretos de la armada". De donde el articulista concluye que "tanto la policía como cada una de las fuerzas armadas argentinas tienen su propio escuadrón de la muerte y que el presidente Videla es incapaz de controlarlos", y así "la revolución ha empezado a devorar a sus propios hijos y nadie puede detener el proceso".